

The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal

Volume 3
Issue 3 Summer 2011

Article 7

6-2011

De 'la civilización y la barbarie' a 'lo visible y lo invisible': Etapas en el desarrollo de un centro argentino

L. Nannette Mosley
University of Georgia, lnmosley@uga.edu

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Mosley, L. Nannette (2011) "De 'la civilización y la barbarie' a 'lo visible y lo invisible': Etapas en el desarrollo de un centro argentino," *The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal*: Vol. 3: Iss. 3, Article 7.

DOI: 10.20429/cr.2011.030307

Available at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview/vol3/iss3/7>

This article is brought to you for free and open access by the Journals at Georgia Southern Commons. It has been accepted for inclusion in The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal by an authorized administrator of Georgia Southern Commons. For more information, please contact digitalcommons@georgiasouthern.edu.

De 'la civilización y la barbarie' a 'lo visible y lo invisible': Etapas en el desarrollo de un centro argentino

L. Nannette Mosley
University of Georgia
Athens, Georgia, USA

Abstract

Argentinean essayists Domingo Faustino Sarmiento and Eduardo Mallea both applied antithetical terms in their explorations of Argentinean identity. Sarmiento juxtaposed "*la civilización*" and "*la barbarie*," while Mallea applied "*lo visible*" and "*lo invisible*." In response to a somewhat superficial comparison of the terms found within current criticism, and in light of their importance within the writings of both essayists, an in-depth exploration of the terms is undertaken here, addressing the differing objectives and contexts of the writers and revealing a significant evolution in Argentinean thought. From Sarmiento to Mallea, progress is being made toward the development of uniquely Argentinean "center."

En la Argentina de los años treinta, Eduardo Mallea destacó como una de las voces más influyentes en la polémica sobre la identidad argentina. Mallea y otros muchos ensayistas, tales como Scalabrini Ortiz y Martínez Estrada, respondieron a una crisis de identidad provocada por la afluencia masiva de inmigrantes en la primera década del siglo XX. Mallea, profundamente preocupado por lo que vio como una pérdida de lo argentino, se puso a explicar lo que era la argentinidad, y lo hizo desarrollando dos términos antitéticos para aclarar dos facetas del país – lo visible y lo invisible. En su artículo "Notes on Mallea's Definition of Argentina," Fred Peterson muestra una buena comprensión de lo que representaban estos términos para Mallea. Y tiene razón en indicar que de manera parecida, Sarmiento aplicó términos antitéticos para su propia exploración del carácter argentino, los de "civilización" y "barbarie." Sin embargo, cuando explica lo que es lo visible según Mallea, añade un comentario: "For Mallea this 'false front' is Sarmiento's *civilización* y *barbarie* couched in present-day terms" (622). Este comentario, más que debatible, no recibe clarificación ninguna. Vista la importancia de los términos utilizados por los dos ensayistas argentinos en su elaboración de la identidad argentina en distintas etapas del país, cabe considerarlos con más atención. El presente ensayo crítico emprende una comparación de estos términos, centrales en el pensamiento de ambos pensadores, teniendo en cuenta sus distintos objetivos y contextos socio-históricos y aclarando las divergencias en sus visiones y puntos de partida. El resultado demostrará una evolución importante en el desarrollo del pensamiento argentino. Destacan tres aspectos de esta evolución: a) un movimiento desde un rechazo de lo autóctono hacia su valoración, b) un movimiento desde la sobrevaloración de lo ajeno hacia su devaluación, y c) un movimiento desde la negación de culpa propia hacia su aceptación. Juntando estas tendencias, podemos reconocer una progresión desde una mirada hacia fuera, a una mirada hacia adentro – un movimiento hacia la formación de un centro propio, argentino.

Como quedó dicho anteriormente, Mallea y sus contemporáneos respondieron a la crisis de identidad de la Argentina de su época escribiendo "ensayos de la identidad." Morales Saravia nos recuerda que estos ensayistas heredaron esta tradición de

Domingo Faustino Sarmiento, cuyo *Facundo* “no [es] solamente el punto de referencia permanente, sino, de alguna manera, el iniciador de esta tradición” (37). Cuando Sarmiento escribió esta obra en 1845, se enfrentó también a una crisis. Tras ganar su independencia, la Argentina, como otros muchos países iberoamericanos, cayó en “una prolongada lucha civil,” cuyo resultado fue la dictadura paternalista de Juan Manuel de Rosas (Gomez-Martínez “Desarraigo”). En su esfuerzo por explicar este fracaso en los ideales de libertad, Sarmiento se puso a examinar su país, buscando lo que había en el carácter de los argentinos que lo podía haber provocado. Sarmiento creyó encontrar en esencia dos identidades distintas e incompatibles, que identificó con los términos “la civilización” y “la barbarie.” Para Sarmiento, los términos “barbarie” y “civilización” corresponden directamente a los términos “campo” y “ciudad.” Sarmiento entendió la confrontación entre los unitarios y los federales como un choque entre estos opuestos. Los federales, encabezados por Rosas, querían permitir un grado de autonomía para las provincias, mientras los unitarios (como Sarmiento mismo) se pusieron a favor de un gobierno centralizado y dirigido por Buenos Aires. William Katra explica que en el fondo, lo que subyace aquí es un conflicto entre las masas y una elite que temía su participación en el gobierno: “Out of the elites’ inherently aristocratic, urban orientation came their distrust and ignorance of rural society” (17). Esta elite reconocía que su autoridad social ya no dependía tanto de su herencia familiar ni de su poder económico, [1] pero creían que su “bookish knowledge of European pedigree” aseguraba su superioridad y su derecho de gobernar (Katra 23). Sin embargo, Rosas llegó al poder, y en gran parte por el apoyo de las clases bajas, los incultos, los incivilizados. Según Sarmiento, el gobierno de Rosas “clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho y destruye la obra de los siglos, la civilización, las leyes y la libertad” (*Facundo* 62).[2] En el pensamiento de Sarmiento, Buenos Aires, y por extensión la ciudad en general, es “el centro de la civilización argentina” (29) y una “continuación de la Europa” (110). Sarmiento explica que fueron los civilizados (la minoría criolla) los que empezaron los movimientos revolucionarios, pero que una vez ganada la independencia, ciertos elementos autóctonos, representados por Rosas, se levantaron con el poder, elementos “hostiles a la civilización europea y a toda organización regular, adversos a la monarquía como a la república, porque ambas venían de la ciudad” (66).

Sarmiento considera a Rosas como un ser “divorciado con la sociedad” (*Facundo* 47). Cree encontrar en la tierra misma el problema que produce tales hombres en la Argentina. Como indica Gómez Martínez, cuando Sarmiento se pone a examinar a los argentinos “su obra se encuentra en efecto enraizada en las circunstancias de su tierra,” pero lo hace desde una perspectiva ajena (“Desarraigo.” Sarmiento juzga lo autóctono como inferior, e incluso necio. En su obra *Agiropolis*, resume la influencia de la tierra sobre los argentinos en los siguientes términos: “Nuestra pampa nos hace indolentes, el alimento fácil de pastoreo nos retiene en la nulidad” (73). Pero sus críticas más virulentas se dirigen directamente hacia los que viven en el campo. Aunque Sarmiento reconozca ciertas cualidades del gaucho, tales como su valentía y fuerza, producidas por su medioambiente hostil (la llanura, el desierto, los bosques), queda convencido que es debido a “la vida del campo” que “le falta inteligencia” (34). Es más, esta vida le proporciona “cierta resignación estoica para la muerte

violenta” y es esto lo que explica “la indiferencia con que dan y reciben la muerte” (*Facundo* 24). También Sarmiento propone que en el campo aislado no existe “la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades” lo que explica su rechazo “del lujo, modales de cortesía y ropa de la ciudad” (31). Sarmiento opina que en el campo es imposible que exista la sociedad por las grandes distancias, y considera que hay allí una “pereza natural y frugalidad en los goces” que trae “todas las exterioridades de la barbarie” (31). El hombre natural es un elemento negativo según Sarmiento, porque existiendo en un estado primitivo, no puede controlar sus pasiones, y “se entrega a toda su impetuosidad” (86-87).

Mallea también reconoce la fuerte influencia de la tierra sobre el argentino, pero, por el contrario, ve este fenómeno como una influencia positiva. Sus términos “visible” e “invisible” no se refieren directamente a la ciudad y al campo, sino a dos mentalidades opuestas que pueden existir tanto en los habitantes del campo como en los de la ciudad, o incluso como rasgos presentes en una misma persona. Por la prevalencia de cada mentalidad en el campo (lo invisible) o en la ciudad (lo visible), compara el habitante del ‘hinterland’ argentino y el de la ciudad, indicando que si “hay dos hombres en el mundo psicológica, ética, socialmente diferentes” son estos dos (*Historia* 84). Como Sarmiento, reconoce Buenos Aires como representante de “la máxima civilización en este sector americano” (*Conocimiento* 73). Sin embargo, es precisamente allí donde se encuentra típicamente al hombre visible que padece la falta de autenticidad, que vive por los gestos y por los medios, que parece sin visión ni creatividad y que ha perdido el sentido de generosidad y de autosacrificio que estaban presentes en los fundadores del país.[3] Según Mallea, los habitantes de los grandes centros industriales representan “la prosperidad en el orden económico, la actividad viva, pero la total inercia en el orden espiritual” (71). Es en el campo donde sigue vivo el orden espiritual tal como la visión, creatividad, generosidad y heroísmo del argentino auténtico.

Durante su niñez en Bahía Blanca, donde acompañaba a su padre, médico, en sus visitas a casas humildes rurales, Mallea fue testigo de las dificultades de la vida del campo – vio a los campesinos enfrentarse con desastres, como la plaga que dejó sus cereales en ruina, y los vio “alegrarse de nuevo con la amistad del astro familiar y la esperanza nocturna” (*Historia* 85). En vez de un estoicismo frente al desastre que conduce hacia la violencia, Mallea reconoce una fuerza moral y una esperanza, una mirada hacia el futuro “que en nada se apartaba de la actitud del paisaje natural frente a las mutaciones del variante sol y de la nube inconstante y del maravilloso cielo permanente” (85). Valora la tierra y al hombre natural. Según Mallea, su carácter proviene de la tierra “que es de una pródiga fertilidad” y aparta al hombre “fertilidad de ánimo y de corazón” (88). A pesar del hecho de que Mallea creció, como Sarmiento, en un ambiente “deeply rooted in classical traditions and mannerisms,” y rodado de una elite que tenía mucha apreciación por la literatura (Lewald 16), Mallea reconoce la inteligencia del habitante del campo, poseedor de una sabiduría que no surge necesariamente de una educación formal. Sostiene que el no instruido lleva en sí una “virtud natural” y el instruido del campo “no desdeña el libro, sino que lo acepta como

alimento y como humanidad” (86). Allí en el campo y en la provincia, Mallea encuentra “al argentino que lo es, que lo es en verdad” (85).

Lo invisible – la autenticidad, el espíritu creativo y trabajador, el espíritu heroico y de donación- es lo mejor del país, y predomina en el campo. Si Sarmiento se preocupaba por la invasión de la ciudad (la civilización) por parte del campo (la barbarie), Mallea se preocupa por la degradación de lo auténtico (encontrado todavía en el campo) por parte de lo inauténtico (tan presente en la ciudad). Sarmiento quería desarraigar a los argentinos y deshacerse de la barbarie del campo, pero Mallea valora lo autóctono, al hombre de la tierra. Es este hombre “que es raíz humana y no follaje, garrulería y representación” y sobre lo cual los argentinos deben “depositar [su] esperanza” (91). Una tal valoración de la tierra y de lo argentino, es de suma importancia en el desarrollo de un centro argentino.

La valoración de la ciudad que se encuentra en el pensamiento de Sarmiento lleva en sí una valoración de lo ajeno – ya que reconoció las ciudades como extensiones de Europa. Como nos acuerda Piglia, para Sarmiento “Europe is utopia [...] Europe and the United States are the future of Argentina” (74). En su observación, análisis y crítica de la Argentina, el punto de partida, el centro de Sarmiento, no es su propio contexto. Como observa Gómez Martínez, “desde sus primeros escritos se propuso ver lo iberoamericano en función de lo europeo” (“Desarraigo”). Tal perspectiva sirve de freno al desarrollo de un centro argentino, imprescindible para concebir soluciones que se corresponden con la situación autóctona. Desde Sarmiento a Mallea, junto con el desarrollo de la valoración de lo autóctono, se nota claramente otra evolución, una reducción en la importancia dada a lo ajeno y su eliminación en cuanto a modelo a seguir.

Por su adopción de un centro europeo, Sarmiento creía que para que triunfara la civilización sobre la barbarie, se necesitaba importar más de lo europeo. Su preocupación por las grandes distancias deshabitadas que impedían, según él, el crecimiento de la civilización, combinado con su deseo de reemplazar lo autóctono (inferior y bárbaro en su concepción), lo llevaron a concluir que la solución a los problemas del país se encontraría en un aumento de la inmigración europea. Se preocupaba porque Rosas había intimidado “a los que se dispondrían en Europa a venir” mientras “los indios salvajes despoblaban con sus depredaciones el interior, y reducían aun más que lo que estaba antes la parte ocupada por los cristianos” (*Agiropolis* 96). Creía que sólo mediante la inmigración sería posible que “aumentase nuestro número y riqueza, e introdujese el conocimiento de las artes y de las ciencias que nos faltan” (96). Su objetivo queda claro cuando dice “cuantos más europeos acudan a un país, más se ira pareciendo ese país a Europa” (95) y ofreció a los Estados Unidos como ejemplo de un país que por resultado de tal inmigración llegó a ser “superior en riqueza, en población y en industrialización” (96). Su ansia de emular a los Estados Unidos se ve también en su deseo de unificar a las provincias de Buenos Aires con el Uruguay y el Paraguay en lo que sugirió llamar “Estados Unidos de la América del Sud” (*Agiropolis* 37). Incluso tenía el plan de hacer de la isla de Martín García el equivalente de Washington D.C., donde se reuniría el Congreso en un sitio

central a los territorios pero independiente de influencia fuerte de cualquiera de ellos (44).

La posición de Mallea difiere considerablemente de la de Sarmiento. Como observa Gómez Martínez, "Mallea [...] se aproxima a la interpretación de lo argentino desde su circunstancia [...], sabe que existe una autenticidad argentina y dedica su obra a descubrirla, a oponerla al desarraigo de la 'Argentina visible'" (*Ortega* 55). Junto con la valoración de lo autóctono ya discutido, Mallea nos indica que reconoce que la implantación de lo europeo y de lo norteamericano no vale como solución. La influencia de los pensadores europeos en la formación de Mallea queda clara en su obra, pero explica que no le sirve en su búsqueda de entender su propio país. Explica los inicios de su exploración de lo argentino (habla de sí mismo en la tercera persona): "su búsqueda ardiente se dirige a los libros, los libros extranjeros. Pero no le dictan sino métodos de progreso del ser. Métodos, no la nutrición esencial que reclama. Entonces arroja los volúmenes y vuelve a su foco [...] ¿Qué es en definitiva el argentino?" (*Conocimiento* 74). Tampoco acepta que los europeos definan su país. Gómez Martínez nos recuerda que los ensayos de Mallea fueron una reacción contra los escritos de autores como Ortega y Gasset cuyas palabras, "incitaron un debate y colocaron la pregunta por la argentinidad en un primer plano" (*Ortega* 50). Mallea rechaza las ideas de Ortega y de otros europeos sobre lo argentino, porque los que vienen al país de visita sólo pueden ver la superficie, lo visible. Sin embargo, les reconoce el mérito de haberle despertado la conciencia e inspirado su propia búsqueda (*Historia* 112).

Mallea no rechaza del todo a Europa; puede apreciar lo bueno de su contribución al pensamiento humano y había encontrado cierta inspiración en los escritos europeos, pero no busca soluciones en Europa, no sólo porque reconoce la importancia de buscarlas mirando hacia adentro, sino también por el estado en que encontró la Europa en sus viajes. Como explica Polt, "Mallea [...] finds Europe in dissolution. His attitude is marked by the continual interplay of a strong cultural attraction and a profound disillusionment" (7). Mallea constata que en Europa "las almas aparecen invadidas, los ánimos forzados, los climas envenenados, las conciencias presionadas" (*Meditación* 551). La inautenticidad y la desvirtuación que vio Mallea en la Argentina visible, y concentradas en las ciudades, se encuentran también en Europa. Y Mallea nos revela que frente a la disolución que encontró allí, vio el potencial latente de su propio país "sus multitudes en marcha, seguros de sí y pródigos [...] la realidad irreal de mi tierra" (*Historia* 185).

Es importante recordar que fueron esfuerzos como los de Sarmiento, de implantar lo europeo en la Argentina mediante el aumento de la inmigración, lo que provocó la crisis de identidad en que Mallea encontró su país en los años treinta. No obstante, Mallea no rechaza ni a los inmigrantes ni la inmigración. De hecho, su apreciación de los inmigrantes queda clara cuando indica que aportaron "un elemento de vida, de energía en marcha [...] un magnífico material de vida, para integrar en ese orden, algo poderosamente activo y corpóreo" (*Historia* 70). Pero Mallea nota un cambio entre los primeros inmigrantes que llegaron y los tardíos. En aquellos reconoce coraje,

esperanza, un sentido de moral y dedicación a la construcción de un futuro mejor para el país (como hemos visto, estos son aspectos de la Argentina invisible), pero los recién llegados han sido seducidos por la superficie, la Argentina visible – se preocupan sólo por su propia ambición; “son alegres por fuera, sordos por dentro” (*Historia* 22). Sin embargo, Mallea no ve la culpa en la inmigración; considera que este cambio en los inmigrantes resulta del “mutismo” de los argentinos, que esconden lo invisible y no ofrecen a los inmigrantes “la matriz para plasmar” su energía y creatividad, que es “la forma espiritual de nuestro pueblo” (*Historia* 71).

En cuanto a los Estados Unidos, tampoco se ve un rechazo total, pero sí, cierta devaluación de su importancia para la Argentina. Mallea reconoce que hay lazos entre los dos países, cierta unión por elementos compartidos de sus pasados, “somos diametralmente diferentes de un francés, de un finlandés, de un rumano, [...] porque somos un nuevo mundo” (*Historia* 127). Expresa su deseo de cierta unión y armonía entre los dos países cuando describe su relación con su amigo americano, el pensador Waldo Frank; como los dos países, eran “dos átomos en estado de diferente aspiración, pero necesario el uno al otro para que el diálogo fuera viviente” (130). Pero Mallea subraya las diferencias inherentes en los países, que hace que los Estados Unidos no puedan servir de modelo para la Argentina. Esta diferencia se explica por la influencia del puritano en el norte y del conquistador en el sur, que forman “los dos focos antagónicos, las dos cruciales antípodas de América” (148). Mallea observa que donde el norteamericano valora el estoicismo frente a la vida diaria, el sudamericano se dedica a “trascender la vida con heroísmo” (78). En su reconocimiento de las diferencias fundamentales entre la mentalidad y espíritu de los dos países, una vez más reconocemos una evolución desde el pensamiento de Sarmiento hasta el de Mallea. La actitud de Mallea hacia Estados Unidos es muy parecida a la que tomó hacia Europa - aunque no lo rechace del todo, tampoco lo acepta como modelo ni como solución.

Hasta ahora, se ha visto una evolución en dos aspectos del pensamiento argentino, ambos necesarios para el desarrollo de un centro propio. Con Mallea se alcanza la valoración de lo autóctono y la devaluación de lo ajeno en cuanto a “clave” al mejoramiento de la Argentina. Pero queda un tercer elemento a considerar: la aceptación de la culpa propia. Una progresión en este aspecto se encuentra también a través de los escritos de Sarmiento y Mallea, y una vez más se ve reflejado en los términos utilizados por los dos ensayistas.

En la discusión previa de lo autóctono, quedó claro que Sarmiento culpa a la “barbarie” por los problemas del país y por extensión culpa la tierra misma que la ha causado. Según él, son los del campo, los incultos, los salvajes quienes provocaron el fracaso del proyecto criollo. Y los salvajes no son sólo los gauchos. Cuando se consideran las ideas de Sarmiento, hay que tener en cuenta que en su época todavía había una población de ascendencia precolombina en la Argentina; Mallea no comentó este elemento de su país, porque en su época ya se había reducido tanto su número que formaban una cantidad mínima de la población. Esto resultó de la política de “Indian containment and extermination” practicada por toda una serie de gobiernos del siglo

XIX (Katra 32). En la época de Sarmiento, muchos consideraron esa raza como salvaje e inferior, tal como el mestizaje, y creían que contribuía a la situación en que se encontraba el país cuando el ensayista escribió su *Facundo*: “Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado, la incorporación de indígenas que hizo la colonización” (*Facundo* 28). Queda claro que a la vez que culpa la presencia de los precolombinos, también culpa la colonización en sí, y por extensión a los españoles. Si hay culpa argentina se justifica por “las tradiciones españolas y la conciencia nacional, inicu, plebeya que han dejado la Inquisición y el absolutismo hispano” (*Facundo* 10), esa “enfermedad que traemos en la sangre” (124). Como nos explica Gómez Martínez, es la “combinación de elementos autóctonos e hispánicos [...] que se resiste a la imitación de formas extrañas, el obstáculo que, según Sarmiento impide el progreso” (“Desarraigo”). Para Sarmiento, no cabe la posibilidad de que los criollos mismos tengan culpa propia por el fracaso de su proyecto.

Por el contrario, Mallea deja de echar la culpa a elementos externos. Se ha visto que, incluso reconociendo que la inmigración ha producido una crisis de identidad, la culpa la tienen los argentinos por no revelar a los inmigrantes los valores verdaderos de la Argentina. Estos valores se encuentran en la Argentina invisible, mejor preservados entre los autóctonos, los del campo, cuyos lazos con la tierra han *producido* su sentido moral fuerte, su coraje, su esperanza y su generosidad, por lo tanto tampoco tiene la culpa la naturaleza. Si culpa a los del campo, a los de la Argentina invisible, es solo por su mutismo, por dejar que lo visible triunfe. Mallea no culpa al pasado colonial ni a España, sino que valora los aspectos positivos que España proporcionó a la Argentina, por ejemplo los rasgos heroicos del carácter hispano, “la bendición de nuestra herencia de España” (78). Es interesante que en la ciudad de San Juan, que recibió fuertes críticas de Sarmiento porque iba “barbarizándose insensiblemente” (*Facundo* 71), Mallea aprecia en la arquitectura “la secuela española colonial, jesuita, todavía no alterada o deformada por la bárbara venida de una invasión sin genio original, confusa, abominable, caótica,” es decir moderna, producto del progreso “civilizado” (86).

Según Mallea la raíz del problema de la Argentina no se encuentra ni en la tierra ni al otro lado del océano, se encuentra en la Argentina visible. Mallea reconoce que lo visible, lo superficial e inauténtico, lo peor de la Argentina existe de manera prevalente en la ciudad, pero se revela a lo largo de su discusión de lo visible, que culpa a cierto grupo en particular. Mallea nos dice que lo visible se nota de manera más fuerte entre los “que representan al país [...] De ellos recibimos, con triste frecuencia, gobierno, voz, magisterio, proclamas” (*Historia* 72). Es su voz la que “llena todo el país, y esconde lo invisible” (72). Ha de considerarse que Mallea está escribiendo en plena “Década Infame”, período marcado por “el fraude y la parodia constitucional, [...] un clima tenebroso de claudicaciones de los partidos ‘democráticos’; [...] represión; corrupción; desocupación; indiferencia y escepticismo político del pueblo” (Blejman 88). Lichtblau explica que Mallea “sees the Argentina of the 1930’s dominated by a conservative, even repressive oligarchy that has betrayed the fundamental truth and moral order on which the country was built” (viii). Son ellos los que carecen de visión, creatividad y generosidad, los que actúan por interés propio, viviendo sólo “por los medios;” son ellos los que representan un “cáncer de hombre” (*Historia* 67), son ellos

los culpables de “una intrínseca barbarie. Barbarie que era una mezcla de instinto y nebulosas ambiciones” (74). Mallea admite que ha “odiado a esta gente culpablemente falsa,” (79) y sin embargo, no reclama su persecución. De hecho reconoce que en ocasiones él también se ha comportado como ellos y se considera “parecido a ellos, contaminado” (79). Lo que busca es individuos como él, que reconocen que lo que se necesita para conseguir el progreso es la conciencia – moral, histórica, intelectual y humana (110). Quiere que cada uno busque hacia adentro y crezca, porque “a medida que unos cuantos crezcamos, la Argentina invisible, existente e interna, crecerá con nosotros porque su actual estado aparentemente indefinido se definirá en nosotros” (113); pues, según Mallea, sólo por el crecimiento del individuo lograrán el crecimiento del país.

Como se ha podido apreciar, los términos antitéticos “la barbarie y la civilización” y “lo visible y lo invisible” van más allá de simples etiquetas. Al profundizar y contrastar sus significados, destacan diferencias entre el pensamiento de Sarmiento y Mallea que reflejan sus respectivas épocas y nos revelan una evolución en el pensamiento argentino. En Sarmiento se ve claramente el rechazo a lo autóctono por considerarlo algo inferior, la búsqueda en el exterior de soluciones que se puedan implantar, y la negación de la culpa propia. Tal posición no puede evitar el freno del desarrollo de un centro propio. Por el contrario, Mallea, con su valoración de lo autóctono, su mirada introspectiva para buscar soluciones, y su espíritu de autocrítica, representa un paso significativo hacia la formación de un centro argentino, un paso imprescindible para lograr la mejora y el progreso del país.

Notas

[1] Muchas familias aristócratas perdieron su poder y fortuna a partir de la época revolucionaria, incluida la familia de Sarmiento.

[2] Se puede imaginar que la fuerte emoción evidente en estas palabras de Sarmiento haya sido influenciada por la experiencia traumática que sufrió en su adolescencia cuando presenció la invasión violenta de su pueblo natal por el *caudillo* federalista Facundo Quiroga. Katra ha comentado que “for the impressionable youth Quiroga’s ascent to protagonist status in the province’s affairs was akin to the rape of civilized society by incarnated evil” (29).

[3] Debe notarse que la generosidad y el autosacrificio eran rasgos que se destacaban en el padre de Mallea. Según Mercedes Pintor Genaro, fue de los actos de sacrificio de su padre y su bondad hacia los otros seres humanos de donde le vino “la idea de comunión humana que será una de las grandes preocupaciones de su vida y uno de los temas más importantes de su obra” (en *Eduardo Mallea, novelista*. Río Piedras: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1976).

Bibliografía

- Blejman, Saúl. *Hegemonías, crisis y corrupción en la política argentina, 1890-2002*. Mendoza: EDIUNC, 2005.
- Gomez-Martínez, José Luis. *Pensamiento de la liberación: Proyección de Ortega en Iberoamérica*. Madrid: EGE, 1995.
- Gómez-Martínez, José Luis. "Sarmiento y el desarraigo iberoamericano: Reflexiones ante una actitud." *Proyecto Ensayo Hispánico*. Ed. José Luis Gómez-Martínez. (1988). 1-9. 2
Feb.2009. <<http://www.ensayistas.org/jlgomez/estudios/sarmiento.htm>>
- Katra, William H. *The Argentine Generation of 1837: Echeverría, Alberdi, Sarmiento Mitre*. Madison, NJ: Fairleigh Dickinson UP, 1996.
- Lewald, H. Ernst. *Eduardo Mallea*. Boston: Twayne, 1977.
- Lichtblau, Myron, Introduction. *History of an Argentine Passion*. De Eduardo Mallea. Ed. Myron Lichtblau. Pittsburgh: Latin American Review Press, 1983.
- Mallea, Eduardo. *Conocimiento y expresión de la Argentina (1935)*. *Eduardo Mallea: Obras completas*. Ed Mariano Picón-Salas. Buenos Aires: Emecé Editores, 1961.
- *Historia de una pasión argentina (1937)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1982.
- *Meditación en la costa (1939)*. En *Eduardo Mallea: Obras completas*. Ed. Mariano Picón-Salas. Buenos Aires: Emecé Editores, 1961.

- Morales Saravia, José. "Scalabrini Ortiz, Martínez Estrada y Mallea: Tres formas del discurso argentinista en los años treinta." *La literatura en la sociedad de América Latina*. Ed. Morales Saravia, José. Lima: Latinoamericana, 1986. 37-64.
- Piglia, Ricardo. "Sarmiento's Vision." *Sarmiento and his Argentina*. Ed. Joseph T. Criscenti. Boulder y London: Lynne Rienner Publishers, 1993. 71-76.
- Peterson, Fred. "Notes on Mallea's Definition of Argentina." *Hispania* 45.4 (1962): 621- 24.
- Polt, John H. R. *The Writings of Eduardo Mallea*. Berkeley y Los Angeles: U of California P, 1959.
- Sarmiento, Domingo. *Facundo o civilización y barbarie* (1845). Prólogo de Noe Jitrik. Notas y cronología de Nora Dottori y Silvia Zanetti. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- *Agiropolis* (1850). En *Sarmiento: Obras completas, tomo XIII*. A. Belin Sarmiento, Ed. Buenos Aires: Mariano Moreno, 1896.